



Leyendas

Urbanas

CUENTO DE NAVIDAD PARA UN LARGO VERANO
La verdadera historia del ángel caído

Pablo Marmol

No sabemos cómo empezó aquel lío, o los más antiguos de este lugar ya no se acuerdan, ha pasado mucho tiempo, sólo quedan capítulos incompletos en el recuerdo de algunas personas. Es la única vez que la situación fue explosiva en esta ciudad, después todo volvió a ser como siempre, sin chispa de vida. El sistema de trabajo se había impuesto poco a poco a la población, y llegó a todos los resquicios del sistema político y social. Era coercitivo, muy duro, pero sin embargo se rodeaba de un halo de voluntariedad y de libre decisión. A los ciudadanos, le vendían la ilusión de que gobernaban, y a través de múltiples convocatorias cada determinado número de años, les consultaban sobre multitud de asuntos, que luego eran adaptados en normas y leyes por los políticos de turno. Las jornadas de los trabajadores eran interminables, los contratos eran siempre temporales, pero todos se resignaban, eso era lo normal. Bajo la consigna de que el que algo quiere algo le cuesta, todo estaba permitido. Además el patrono generoso, ese patrono anónimo e impersonal, a veces tenía una "atención", un "detallito" con los de "abajo". Los abusos estaban a la orden del día, de palabra, por escrito o por omisión, eran algo cotidiano, pero se asimilaban,

llegando a algunos casos a la autoinculpación pública. Se habían dado casos en los cuales era el propio trabajador el que se autodespedía una vez que rellenaba el test de profesionalidad. La rebeldía no estaba bien vista, era algo para excéntricos.

La ciudad vivía bien, bajo la apariencia de la paz cotidiana, la tranquilidad reinaba y los sábados y domingos eran maravillosos días para pasear, hacer deporte y leer el periódico. Nada parecía suponer que hubiera unos negros nubarrones amenazando desde las montañas del Norte.

Dice la leyenda que aquel extraño personaje apareció en un parque público y empezó allí mismo su labor. Encontró a un matrimonio cuyo marido trabajaba en la gran fábrica, les hizo ver que el periódico se lee al revés. Lo primero la programación de televisión, y de ella los canales que no tenemos, pues así apreciamos todo lo que no es necesario ver ya que es imposible. Aquella era la opinión del periódico ¿y la de ellos? ¿Cuál era su opinión? ¿Con quien contrastaban las noticias? ¿Con quien compartían sus opiniones? Sacó un pequeño cuaderno y anotó el tiempo que pasaban trabajando y el tiempo que dedicaban a ellos mismos, la proporción les creó dudas.

Luego, el extraño personaje visitó a varios trabajadores de baja médica, algunos estaban muy contentos porque no trabajaban, él, les hizo ver que ya eran inservibles y que como las viejas máquinas los mandaban al desguace. Los problemas del corazón, de la espalda y del estómago impiden hacer una vida plena y normal les dijo. Ellos no se daban cuenta, creían que eran achaques propios de la edad. No obstante uno, estaba muy contento, la fábrica le había obsequiado con una importante cantidad de dinero, nuestro extraño personaje le preguntó ¿Cuanto cuesta un corazón enfermo? ¿Cuánto pagarías porque tu corazón estuviera sano o porque tu depresión no se hubiera producido nunca? Les creó dudas, muchas dudas.

Otro grupo de trabajadores estaba disgustado, ganaban mucho dinero y compraban muchas cosas pero el trabajo les preocupaba y les ocupaba tanto que no podían disfrutar de la cantidad de artilugios que almacenaban en sus casas. No tenían tiempo ni ganas para gastar el dinero que ganaban. Pero preferían la seguridad a la verdad, no querían llegar a sus últimas conclusiones, les daba miedo. Pensar es peligroso. Creían que era mejor seguir por el mismo camino que otros habían trazado desde hacía muchas décadas.

Visitó a los más jóvenes, encantados de haberse conocido y estar triunfando en no se sabe qué. Les hizo ver que hay cosas que no se compran y que nos pueden gustar más cuando se comparten, y además, les dijo que el tiempo pasa lentamente, pero aún así, este no se vuelve a recuperar. Les hizo madrugar un día para no hacer nada, sólo estar así, tendidos al sol. ¿Le preguntaron que para qué? Para saber que a veces no pasa nada si nosotros no hacemos nada. Le dijeron que ellos no querían responsabilidades, que era preferible ser dirigido, que alguien gestionara sus asuntos, los especialistas de

cada rama. La realidad es muy compleja decían, ¿Y si te engañan los especialistas? Ese es el riesgo le dijeron, pero ellos si saben lo que se hacen, tienen esa especialidad.

El extraño personaje no se ponía límites y por esta razón llegó hasta los despachos de los que controlaban todo desde los edificios más altos de la ciudad. Les hizo asomarse a la ventana y les demostró que no controlaban nada, que todo era un montaje del cual ellos sólo eran un engranaje más. Para demostrarles lo inútiles que eran, uno resbaló desde la terraza del edificio y se estrelló en el suelo. Rápidamente se nombró a otro para sustituirle que corrió a su mesa y recogió sus pertenencias para llevarlas al nuevo despacho.

La ciudad se iba revolviendo sobre sí misma, había malos modos, crecía el número de los descontentos, y con ello los problemas. El tráfico era insoportable, los transportes públicos funcionaban mal y todo parecía ingobernable. La mala costumbre de pensar se transmitía de unos a otros. La gente se cruzaba en la calle y las miradas eran retadoras o huidizas. Algunos se refugiaban en sus casas, pero allí seguían los problemas entre hombres y mujeres que se daban cuenta de que no sólo era insatisfactorio el trabajo sino sus relaciones. Los hijos y los padres, los vecinos y los otros vecinos, discutían entre sí continuamente y mostraban un malestar. ¿Y por qué no? Esa era la pregunta que todos hacían.

Algunos empezaron a reunirse en un rincón del parque, allí decían todo lo que se les ocurría y lo que sentían, se creían explotados, engañados y estafados. Vivían exclusivamente para los señores de la fábrica, su vida estaba organizada para que dieran el máximo fruto al sistema durante el mayor número posible de años. Pero no sólo era el trabajo, mediante sibilinas campañas educativas y subliminales les guiaban a través de gustos y necesidades que pareciendo que procuraban un bienestar momentáneo, luego producían inconvenientes y problemas. Todo estaba dirigido, y por supuesto el ocio. Allí hubo conatos de organizarse pero fueron rápidamente disueltos por infiltrados de la policía. El malestar fue tan grave que hasta el clima se modificó, los días pasaron a ser grises y encapotados sin que llegara nunca a llover. Era ese tiempo que se dice que precede a las tormentas.

Desde la gran fábrica, los grandes ejecutivos junto a los políticos, se dieron cuenta del malestar que se extendía por la ciudad y los dirigentes más avisados crearon un organismo para controlar la protesta. En unos despachos colocaron a algunos de los descontentos y les dieron unos ordenadores y una serie de instrucciones. Había que hablar pausado y siempre dando razones para no fracasar en el objetivo, y en todo momento se debía tratar de modificar el sistema para quitarle aquello que era más negativo. En eso todos decían que estábamos de acuerdo. El extraño personaje les dijo que si modificaban lo más negativo del sistema lo estaban perfeccionando y haciéndolo más perfecto, más efectivo. Reformar, es mejorar, es lo contrario de revolucionar.

Al final, ocurrió lo que todos esperaban, la ciudad se paralizó

espontáneamente, los transportes públicos apenas funcionaban, las tiendas cerraban espontáneamente y en las puertas de los centros de trabajo se arremolinaban los huelguistas impidiendo el paso a aquellos que querían trabajar. La policía actuaba con desgana y se veía desbordada, no les daba tiempo para llegar a todos los lugares. Empezaron a aparecer banderas rojas, blancas, negras y multicolores colgadas desde los lugares más inverosímiles. La actividad iba desapareciendo poco a poco, se sustituía por asambleas espontáneas.

La televisión no dejaba de emitir, daba recomendaciones primero, y acusaciones y amenazas después para aquellos que seguían sin ir a trabajar y ocupaban las plazas públicas. Se hablaba por las calles, en las esquinas, en los cafés, se hacían corros entre gentes que no se conocían de nada. Por una vez, todos los asuntos que afectaban a la vida de los ciudadanos, estaban en sus manos, ellos decidían, ellos opinaban.

El Gobierno no sabía que hacer, los empresarios no podían despedir a todos los huelguistas, tampoco la policía podía detener a todas las personas que ocupaban las calles e impedían el paso de los vehículos, eran demasiados. El ejército esperaba ordenes y el resto de las ciudades miraban con respeto y miedo lo que ocurría.

Aquellos días las cosas fueron diferentes, nadie ganaba a nadie, nadie envidiaba al vecino y una nueva experiencia se estaba viviendo. Aquella noche las diferentes cadenas de televisión dejaron de emitir y aún así muchos se quedaron mirando fijamente la pantalla, esperando que de un momento a otro transmitiera algún mensaje. El tiempo se había parado ¿y ahora qué? Esa era la pregunta, y la respuesta del extraño personaje se propagaba, ahora tú decides, tú vives tu vida, es tu momento, no lo desperdicies.

Al día siguiente, el extraño personaje animaba en las calles a la gente para que tomaran decisiones, a que se autoorganizaran para que iniciaran una nueva vida sin cadenas, sin ordenes. Era necesario que ocuparan los servicios públicos más necesarios y se empezara a producir lo fundamental para la vida de la ciudad. Sin embargo algunos pensaban que aquello podía acabar mal, y dijeron que había que negociar con el Gobierno. Daba vértigo tener tanta responsabilidad. Reuniones interminables, decisiones superfluas, comités, otros comités que se sucedían, y mientras la ciudad se volvía caótica porque nadie se atrevía a tomar las decisiones oportunas. El ejército se aproximaba, estaba llegando a los barrios de la periferia.

Al tercer día, se anunció un nuevo Gobierno de concentración, se aceptaba cambiar radicalmente las reglas del sistema, a partir de ahora se respetaría a los ciudadanos y todo el mundo sería libre de tomar las decisiones que quisiera. Todo cambiaba para que todo siguiera igual. Estaba escrito dijeron muchos, los políticos respetaran lo que han publicado. El extraño personaje trataba de evitar aquello que ya era inevitable, la claudicación, la vuelta a la normalidad. Todo quedó en papel mojado. Luego como siempre la represión, las represalias, la derrota una

vez más. Poco a poco aquellos que más se habían significado fueron apartados del resto. La monotonía se fue adueñando de una ciudad que había sonreído unos días.

Se dice que el extraño personaje murió acribillado a balazos en una calle apartada de la ciudad, nunca se encontró su cuerpo, forma parte de su leyenda. Unos trabajadores, que le tenían mucho aprecio, años después, decidieron reunir dinero para hacer una estatua que lo recordara y sobre todo que a ellos y a las futuras generaciones les inmortalizara su frase favorita, que el pensamiento es movimiento, evolución, contraste de pareceres. Sólo pudieron dar una pequeña cantidad a cuenta y de ese proyecto nunca se supo nada más. Pero en ese proyecto empezó a trabajar el escultor Ricardo Bellver. Durante años la estatua permaneció en su taller, hasta que tiempo después, la vendió al Ayuntamiento que la situó en el Retiro. En el lugar donde está situada es donde empezó su labor propagandística entre los trabajadores. Ahora la llaman la estatua del Ángel Caído, dicen que la única estatua que hay en el mundo realizada al diablo, pero la realidad es que se trata del monumento al pensamiento libre.

